



APROPIACIÓN ESTÉTICA DE LA TOPOGRAFÍA

¿En qué consiste?

Es arte, ignorado por proyectistas y constructores, que hoy no se practica.

Consiste, lo primero, en respetar la Naturaleza; en sentir su configuración y polícromía, y en saber integrarlas á la ingeniería y arquitectura.

¿Quiénes la desconocen?

Los que, sin fundamento, con inmoderado afán de uniformidad y monotonía, malbaratan la configuración del terreno, borrando la topografía.

Los que anteponen la equidistancia á lo pintoresco; la simetría, á la armonía; la obra del hombre, á la Naturaleza.

Los que en vez de sembrar con franqueza en altos y bajos, los pabellones, gradas, rampas y terrazas de un edificio, espachurrean el relieve con trincheras y terraplenes.

Los que, por no saber adaptarse á la tierra, dilapidan el presupuesto de la obra.

Los urbanistas que á golpes de rectángulos y armados de reglas y escuadras bien rectas, imponen la cuadrícula ó destrozan cuanto avista el anteojo taquimétrico.

Los que á ultranza imponen la línea recta, acortan las distancias de las vías secundarias y acrecientan, con la aridez, la fatiga del viandante.

Los que proyectan en el estudio, lejos del terreno y tratan de imponer modelos establecidos.

Los que siendo insensibles á las bellezas vegetales, no las consideran como uno de los primeros ornatos arquitectónicos.

¿Conocían los antiguos este arte?

Indudablemente, sí. Muchos de sus éxitos fueron fortuitos; pero no se ha de achacar todo á la inconsciencia.

Las poblaciones, nidos de águilas; los castillos que se asoman á los precipicios; los puentes que estriban en las rocas, y los empinados vericuetos, han sido trazados por la estrategia, por la necesidad, al fin y al cabo, la gran maestría estética.

La falta de recursos, explosivos y herramientas, para remover el suelo—penu-ria que agudiza el ingenio del constructor—han provocado las soluciones ingen-uas y francas, la belleza indígena, en una palabra.

La acción del tiempo y la misma deficiencia de las obras, solicitando conti-nuos añadidos y reparos, hacían que en ellas plasmase el ingenio de varias gene-raciones. Cambiaban las construcciones como los hombres, vivían; no como las nuestras, que mueren petrificadas el día en que se terminan.

Rudimentarios los medios de locomoción, las sendas trepaban, colgadas de las irregularidades del terreno, girando en todas direcciones, sorprendiendo con inesperados puntos de vista.

¿Los nombres pintorescos y las leyendas que cuentan los sitios agrestes, re-



EL TORREÓN

TORRELODONEJ, 13-X-1918

DIBUJO DEL ARQUITECTO
SR. ANASAGASTI.





DIBUJO DEL ARQUITECTO
SR. ANASAGASTI.



fugios de misteriosos personajes, no indican que la imaginación se excitaba con las formas naturales?

Y ningún santuario arraiga si no va sostenido por la belleza de la orografía circundante. Culmina ésta tanto como la tradición.

Justo es, pues, considerar que es deliberada la integración de muchas construcciones á las bellezas naturales.

No lejos de Madrid, en Torreloredon, hay una lección tan elemental como instructiva: *el Torreón*. Asoma por una cañada, antes de meterse el tren en el túnel. Observado desde la carretera impone su arrogancia y grandeza, aproximadamente esta última, la mitad del alcor granítico que lo sostiene; según se representa en el fondo de uno de los apuntes que mostramos.

Atraído por su belleza, trepa el observador entre pedruscos, y grande es su desencanto al tocarlo. Menguó el gigante, que apenas tiene ahora nueve metros. Nada guarda en su interior; una planta formada por la yuxtaposición de un círculo y un cuadrado; fábricas deficientes de reducido cubaje; un solo hueco, la puerta de ingreso; lienzo desnudos y un color parejo al de las masas de granito, embellcido al dorarse por los últimos rayos, cubierta la colina por la proyección gris de la Sierra.

Huyó la belleza, que se pretendía alcanzar, con la alargadísima sombra que arroja el torreón.

De nuevo, hay que estudiar desde la carretera el sorprendente caso de mimetismo arquitectónico; la esforzada silueta, que se exalta por los bloques de granito. La perfecta trabazón estética de éstos y la arquitectura; tan perfecta y sincera como la del árbol vecino, que esconde su raigal en la grieta del ciclópeo sillar, que empenacha; como la del pétreo pulgar y las ventrosas masas que lo sostienen.

Es una forma refleja, franca é ingénua, del alcor; que pertenece á la orogenia más que á la arquitectura; una incitación al estudio de las formas naturales, á un panteísmo estético.

Construcción ruda, el torreón, está tan encumbrado como los pulcros ejemplares arquitectónicos; digno de que se le atienda con esmero y estudie.

ANASAGASTI,

Arquitecto.

